

De la cárcel teórico-metafísica a la libertad metafórica-experiencial¹

From the theoretical-metaphysical jail To the metaphorical-experiencial freedom

Ever Vega Benavides *

Recibido: 18 de febrero de 2008 • **Aprobado:** 10 de marzo de 2008

Resumen

Hablar de multiculturalidad, diálogo de religiones, pluralismo y diversidad en el ámbito teológico se ha vuelto particularmente difícil en el mundo cristiano católico. Esto se debe a un tipo de comprensión de la teología, a un tipo de manejo de autoridad y a un tipo de racionalidad. Para hacerlo, para hablar de un paradigma pluralista en la teología o desde la teología cristiana católica, es necesario revisar el discurso y la racionalidad desde donde se aborda. El presente trabajo pretende mostrar la necesidad de volver al lenguaje metafórico y al rescate de la experiencia vital que legitime

* Compañía de María. Padres Montfortianos.

1 El presente texto es producto de la investigación sobre relaciones actuales entre filosofía y religión, y fue presentado en el *XII Congreso Internacional de Filosofía Latinoamericana: Filosofía, pensamiento intercultural y movimientos sociales en América Latina*. (Seminario: "Interculturalidad y Diversidad Religiosa"). Facultad de Filosofía. Universidad Santo Tomás. Bogotá, 29 de junio - 2 de julio de 2007.

el discurso teológico en procura de un espacio para el diálogo con otras posibilidades y narraciones de fe.

Palabras clave

Multiculturalismo, religión, metafísica, lenguaje metafórico, fe.

Abstract

Talking about multiculturalism, religious dialogue, pluralism and diversity in the field of theology has become particularly difficult in the Catholic Christian world. This is due to a kind of understanding of theology, a type of management authority and a kind of rationality. To do so, to talk about a paradigm pluralistic theology or from the Catholic Christian theology, it is necessary to review the speech and rationality from where it is undertaken. This article explores the need to return to metaphorical language and to rescue the life experience that legitimizes the theological speech in order to find a space to talk with other possibilities and narrations of faith.

Key words

Multiculturalism, religion, metaphysics, metaphorical language, faith.

El límite teórico

La teología suele verse como un constructo teórico incomprensible para el común de la gente, un cúmulo de argumentos, razones, justificaciones, citas y definiciones. Desde los sermones o predicaciones de los catequistas y sacerdotes, hasta las exposiciones de teológicas de todas las áreas por los teólogos especializados y el magisterio, frecuentemente se convierten en intentos de explicar misterios apoyados en citas de otros que ya intentaron lo mismo y a su vez citaron a sus antepasados.

Ahora bien, cuando el cristianismo se convirtió en religión del imperio (en la época constantiniana), la Iglesia unificó tres tendencias de pensamiento: la línea jurídica romana, la lógico-racional griega y la cosmovisión histórica judía. Al asumir este horizonte de pensamiento, la savia del “camino” cristiano empezó a perderse y apareció la necesidad de justificar y definir aquello que todos debían creer. La fe, el testimonio, la vivencia del bautismo, la experiencia de Cristo en la comunidad cedió su paso a las razones, las justificaciones y las argumentaciones lógico-racionales. La fe del pueblo, profética, martirial pasó a ser la argumentación de los filósofos, especialistas, estadistas y clérigos.

La Iglesia, inmersa en la cultura griega, desarrolló una línea de racionalidad analítica que en su momento fue definitiva para abrirse camino en el complicado mundo de las escuelas filosóficas emergentes y los poderes políticos dominantes. Por ello creó la ciencia teológica como un discurso que explicara las verdades de fe, que diera fundamento racional analítico a las confesiones, y que produjera formulaciones precisas y definitivas de la sana doctrina.

En consecuencia, siendo el cristianismo la religión oficial se agudiza la búsqueda de posiciones teológicas definitivas. El lenguaje propio de la época fue argumentativo, probativo y enunciativo. Se trataba de dar explicaciones convincentes, ajustadas a “la verdad” y acordes con los modelos filosóficos emergentes con los cuales el cristianismo estableció diálogo. La búsqueda de la verdad fue siempre el horizonte motivacional en procura de una conciencia científica que pronto se reservó a los profesionales de la teología y se alejó paulatinamente de la experiencia y sabiduría del pueblo cristiano.

La ventaja de esta época radica en que quienes hicieron las primeras lecturas solían tener una profunda experiencia de fe, un contacto radical con lo divino y una búsqueda sincera de orientación espiritual y pastoral. Sin embargo, en esta misma época, la Iglesia se ve contaminada por el afán de proselitismo, justificado con los proyectos misioneros. Este mal, que de múltiples formas afecta a casi todas las grandes religiones, generó en la Iglesia cristiana una agudización en la búsqueda de posiciones teológicas definitivas, cerradas y monolíticas.

A lo largo de los siglos, el desarrollo teológico-racional-analítico fue orientado desde el lugar del poder y la dominación, llegando incluso a legitimar grandes males asociados a acontecimientos como la expansión del cristianismo en Europa y la conquista de América: guerras, masacres, destrucción de culturas, injustas acusaciones de culto al demonio y eliminación de lo diferente. No es que la Iglesia como tal orientara estos males, pero hubo fieles cristianos que se sentían autorizados a cometer toda clase de males a otros por el simple hecho de ser diferentes o creer de otra manera.²

La edad media es la época de los conceptos eternos y del desarrollo de los fundamentos metafísicos de la teología cristiana. El desarrollo metafísico de la teología apareció con la relectura cristiana de Aristóteles o, como dicen algunos, de una cristianización del pensamiento aristotélico. La Metafísica o “ciencia primera” o “filosofía primera” era para Aristóteles el estudio del “ente en cuanto ente”. De allí, Santo Tomás infirió que la filosofía primera es: “la ciencia de la verdad, no de cualquier verdad, sino de aquella verdad que es el origen de toda verdad, esto es, que pertenece al primer principio por el cual todas las cosas son. La verdad que pertenece a tal principio es, evidentemente, la fuente de toda verdad”.³ Siguiendo a Tomás de Aquino, la fuente de toda verdad es Dios, luego el objeto de la metafísica es Dios. Pero hay otro problema, la metafísica tendría un contenido teológico no dado por la propia metafísica, sino por la revelación, de manera que la metafísica queda subordinada a la teología.

El pensamiento filosófico posterior al Medioevo criticó, aceptó, matizó, reelaboró los conceptos en torno a la metafísica, su validez, objeto y concurso como ciencia. Sin embargo, en el ámbito de la teología cristiana ha seguido siendo uno de los órganos de diálogo y fundamentación más importantes (no el único). La teología por momentos se convirtió en una simple sistematización, fundamentación y comunicación de la doctrina de fe, de “aquello que se

2 En este sentido: Hick, Jhon. (2004: 117) *La metáfora de Dios encarnado – cristología para un tiempo pluralista*, Ecuador, Ediciones Abya – Yala. Boff, Leonardo (1992). *Quinientos años de evangelización*, Santander, Sal Terrae.

3 Santo Tomás de Aquino. “*Contra Gentiles* I” 1,2

necesita saber para salvarse". Una muestra de ello es la defensa de verdades de fe. La fe se convierte en el asentimiento intelectual a la verdad de fe, un sometimiento a la verdad revelada por la autoridad de Dios que revela, dado que esa verdad es inaccesible a la razón humana. El cristianismo deviene como un cuerpo de doctrinas, un código normativo ajeno a la experiencia.

Verdad y Sentido

De esta postración ante la racionalidad analítica y metafísica surge el conflicto posmoderno entre verdad y sentido. Hay verdades que no dicen nada al hombre y la mujer de hoy, no hay dudas de la verdad, pero no parece que importe mucho en la realidad de la vida. Una muestra de ello puede ser un *graffiti* que apareció hace unos años por semana santa: "crucifixión = cruz y ficción". La gente participa de procesiones, celebraciones, liturgias, manifestaciones de piedad populares de la más variada especie y no duda de la verdad de los acontecimientos de hace 2000 años, pero no parece importar mucho hoy, no parece ofrecer sentido real a los acontecimientos reales de la vida y lucha de la historia que les toca vivir.

¿Será sólo un problema pastoral? ¿Desconocimiento de la doctrina? ¿Falta de promoción de las verdades de fe?

Pienso que se trata de algo más profundo. La comprensión de fe en el ámbito cristiano, dado que la primera cultura dialogante de la Iglesia fue eminentemente filosófica racional, ha sido comunicada en términos teórico-metafísicos, abandonando el componente metafórico y experiencial. La experiencia de los discípulos que compartieron la vida con Jesús y vivieron juntos el acontecimiento de la resurrección con todas sus consecuencias fue comunicada en el lenguaje evangélico, básicamente histórico, metafórico, parabólico.

La racionalidad que está a la base de la experiencia de fe no es analítica sino simbólica. No busca la verdad sino el sentido, el saber existencial de la vida en libertad y en comunidad. Su lenguaje es evocativo, parabólico, legitimador en su vinculación con la experiencia vital, no con las razones, justificaciones y argumentos.

Se hace necesario expresar la fe desde una racionalidad dialéctica, simbólica, que dé prioridad a la experiencia, que narre en vez de aclarar, que evoque en vez de explicar, que genere sabiduría más que ciencia. Un signo de esta necesidad es la manifestación y el valor profundo de lo religioso que, sobre todo en América Latina, se sale de los causes de lo científico, se desborda de las prisiones filosóficas y como un animal liberado de su jaula busca sentido, clama significados, evoca símbolos, aun cuando sus contenidos de verdad sean limitados.

La resistencia del pueblo creyente, de los “no especialistas” en teología a las verdades de fe, los argumentos salvíficos y las explicaciones sobre Dios es sólo un atisbo de lo que pasa hacia afuera de la Iglesia, con los no católicos, los no cristianos y los no creyentes. Desde fuera nos miran con sorpresa ante las pretensiones de exclusividad, ante las formulaciones de condena o de simple inclusión en nuestros paradigmas, ante la distancia entre la definición de un Dios-Amor y unas relaciones asimétricas y frecuentemente injustas entre nosotros y hacia la humanidad.

Dialogar se hace difícil y tal vez imposible desde las posiciones teóricas definitivas, los constructos metafísicos excluyentes y las manifestaciones de superioridad frente a otras formas de fe. Desde la experiencia de Dios, la narrativa de la fe, el compartir honesto del tesoro espiritual y la responsabilidad eclesial con el mundo se pueden establecer puentes de comunicación, posibilidades de crecimiento mutuo y eficacia en la injerencia social hacia la paz mundial.

Desde la Identidad

El diálogo se establece entre dos partes bien definidas e identificadas. Dialogamos y compartimos desde la identidad. La identidad no es algo definitivo, acabado. En el decir de Eduardo Galeano, “sobre todo somos aquello que hacemos para cambiar lo que somos”. Las posiciones definitivas en torno al ser tienden a anquilosar procesos de crecimiento y a petrificar para siempre la imagen de una época sin permitirle el derecho de crecer, desarrollarse y cambiar.

En el Evangelio según San Marcos encontramos el relato del bautismo de Jesús en el que se proclama su identidad: “Y se oyó una voz que venía de los cielos: «Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco»” (Mc 1, 11). Este acontecimiento no es comienzo ni final, sencillamente es un tiempo de conciencia profunda de su ser, de su real identidad, de su vocación: “tú eres mi Hijo”. Esta indicación de la radical identidad de Jesús será aquello que lo lanza a presentarse en la vida pública a realizar la tarea que va descubriendo paulatinamente como la realización de su vocación de Hijo. “Tú eres mi Hijo” es la manifestación no sólo de un tipo de trabajo ni siquiera un tipo de relación, es la dinámica creadora de Dios presente en Jesús. Es decir, que Jesús se sabe acompañado por Dios como Padre que lo engendra, que lo crea –no sólo al comienzo– sino día a día en el devenir de la historia que le va correspondiendo afrontar.

Su identidad no es estática, no es una definición teórico racional o metafísica. “Tú eres mi hijo” es la narración de un acontecimiento siempre presente y siempre nuevo de la acción de Dios en Jesús. Esta dinámica de apertura y acogida es lo que Jesús anunció como Reino de Dios o Reinado de Dios. Jesús se dio cuenta que en su ser habitaba la divinidad y que lo impulsaba a actuar, le mostraba su voluntad en todo momento de su vida a condición de mantenerse atento, a la escucha y en obediencia. Reino de Dios no es teoría, mandato o propuesta de dominio político, militar o moral; Reino de Dios es dinámica creadora de Dios. Jesús se siente creación de Dios cada día, hechura de sus manos, modelo de su voluntad. Por ello, afirmará su acción en la historia como la acción de Dios⁴ en la medida en que capta la orientación de su deseo y lo pone por obra en el mundo. En este sentido Jesús afirma con libertad: “el que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Jn 14, 9), porque su acción es obediencia al Reino y su vida es una manifestación clara de su presencia en el mundo. De manera que Reino de Dios es Dios reinando en él, es obediencia a su orientación y creación interior.

4 Gnilka, Joachim. (1995: 109 - 201), *Jesús de Nazareth – mensaje e historia*. Barcelona, Herder.

La vida de Jesús no es el cumplimiento de un destino trágico u obediencia petrificada a un libreto previamente elaborado por un Dios autoritario; es la permanente relación con este Padre y su dinámica creadora que le suscita respuestas oportunas y coherentes con su identidad de Hijo en cada oportunidad que le plantea la historia. Su relación con las personas, las autoridades políticas y eclesiásticas de la época están permeadas por su inmediatez con Dios Padre, por su obediencia a la dinámica creadora del Reino y no a un código moral o las normas de un tipo nuevo de religión.

La identidad de Jesús, su causa, su relación inmediata con Dios Padre nunca fueron y difícilmente pueden llegar a contenerse en postulados metafísicos, definitorios y definitivos. Son lenguaje narrativo, parabólico, evocativo, experiencial. No tienen el ánimo de probar, argumentar, defender o demostrar, al contrario, comparten experiencia, provocan acciones, motivan relaciones, evocan vínculos comunitarios y generan sabiduría.

En la medida en que perdemos este horizonte de lenguaje, perdemos espíritu, mística y experiencia, en últimas, perdemos identidad. Las cosas de Dios, la relación con él, la apertura a la dinámica del Reino no se prueba, se evoca, se legitima en la experiencia de la vida y se comunica como narración.

Hacia las fronteras

Para hablar de encuentro religioso y diálogo de fe es especialmente significativa la narración de Jesús del “buen samaritano”. En Lc 10, 25-37 un maestro de la ley le plantea a Jesús el dilema del amor: ¿hasta dónde va mi responsabilidad de amor al prójimo? y ¿quién es mi prójimo? Jesús contesta con la parábola del hombre que yendo de camino es atacado y dejado “medio muerto” a la vera del camino. Lo curioso es que pasan un levita y un sacerdote, personas dedicadas a lo religioso. Las dos toman caminos alternativos para evitar al herido, tal vez para no contaminarse, para alcanzar a hacer sus deberes en el templo... en fin, no nos lo dice la parábola, lo cierto es que de su bagaje religioso estos dos hombres sólo sacan excusas y razones para dispensarse del servicio al prójimo.

El colmo de la sorpresa es que justamente el samaritano, el hereje, el heterodoxo, el más laxo en el cumplimiento de la ley es quien se compadece, quien se da cuenta que aquel hombre no está “medio muerto” sino “medio vivo” y todavía se puede hacer algo por él. Allí todavía late la vida de un hombre. No hay nada que le una a él, religión, clase, raza... nada, sólo el hecho de ser humano. La humanidad es aquello que a los dos les convoca y orienta al hombre sano en ayuda del herido. Allí donde la vida está vulnerable, donde está tocando los límites, en la frontera de la humanidad hay un encuentro profundo y radical con la divinidad. Es una solidaridad de especie, allí donde todo hombre o mujer es un hermano o hermana, donde todos los esquemas, conceptos y estructuras saltan porque un ser humano está en necesidad.

La narración de Jesús nos ubica en el territorio del diálogo: ¿dónde está lo importante? ¿en torno a quién se establecen las prioridades? ¿cómo funciona aquella dinámica creadora de Dios que orientó tan clara y contundentemente a Jesús? Más allá de definir posiciones, argumentar datos de fe, establecer códigos normativos y generar guetos, la necesidad está en rescatar la experiencia de fe, la inmediatez con Dios, la búsqueda de su rostro en la historia y manifestación clara de su presencia en actitudes samaritanas hacia la integración de lo humano y la respuesta al sufrimiento. Más importante que la confrontación, la lucha por el crecimiento y la sobrevivencia institucional está la apuesta por lo humano en la certeza de escuchar allí el latido de lo divino que restaura la identidad, devuelve la dignidad y restituye la imagen perdida de nosotros mismos como hijos.

Diálogo interreligioso

A partir de una racionalidad dialéctica-simbólica es posible establecer puentes de diálogo, comprensión y apoyo en un mundo que necesita más espiritualidad que religión, más libertad que cárcel, más narración que explicación, más testimonio que argumentación. En un lenguaje narrativo donde la experiencia vuelva a tener el lugar de las primeras comunidades cristianas, donde se explicaba menos y se practicaba más. Un lenguaje que contagie sin necesidad de convencer racionalmente, que encante sin obligar y cuente metáforas sin explicar.

Conclusiones

Abandonando las posiciones autoritarias, de poder y arrogancia; renunciando (en cuanto es posible) a las formulaciones definitivas que empobrecen la experiencia; y acogiendo con esperanza la riqueza de la diversidad, será posible abrir diálogo. Veamos algunas conclusiones que pueden ser camino de apertura.

1. Igualdad básica, dignidad. Es indispensable reconocer la legitimidad de los diversos caminos y experiencia de cercanía con Dios, la dignidad básica de todos los seres humanos que buscan el rostro de Dios para relacionarse y unirse a él. No puede una religión arrogarse el derecho de única verdadera y depositaria de la verdad de la cual las demás sólo son deudoras o subsidiarias.
2. Diferenciación, identidad. Hay igualdad básica, pero no todas son iguales, también hay una desigualdad real que constituye la identidad de cada una y su propia narración. Cada una presenta diversas sensibilidades, experiencias, desarrollos históricos, capacidades, itinerarios, evoluciones y propuestas. Todo esto configura la identidad y constituye su riqueza, aporte y camino probado por miles o millones de personas.
3. Depuración de formulaciones, dejar que Dios sea Dios. La iglesia católica en su desarrollo histórico ha vivido la aventura del pluralismo en cuanto ha dialogado con las diversas culturas y sistemas de pensamiento con los cuales se ha visto involucrada. Ciertamente a veces presentó abusos, pero el mismo sistema racional-metafísico de la teología resultó del diálogo con la filosofía griega y la acogida del paradigma racional occidental. Del mismo modo hoy, está invitada a volver a un paradigma racional más simbólico, metafórico, que priorice la experiencia y dialogue desde la legitimidad de la fe vivida en comunidad y comprometida con el mundo.
4. Desde la humanidad vulnerable. En todas las religiones late una búsqueda de la verdad, del sentido y compromiso más allá de los estrechos lími-

tes de la existencia individual y física. En América Latina esta búsqueda se ha orientado hacia el mundo de sufrimiento que encontramos en el pueblo. El sufrimiento real de las personas reales como una dimensión que atendió y acogió Jesús con toda responsabilidad y que de alguna manera todas las religiones abordan es un foco de búsqueda del rostro de Dios; allí toda experiencia espiritual legitima su discurso y se descentra de sí misma para acoger lo divino allí donde mejor se manifiesta: la humanidad vulnerable.

El diálogo, la integración, la complementariedad y el pluralismo es posible desde la mística de una fe vivida en la experiencia personal y comunitaria y narrada con el encanto enamorado de quien se descubre habitado por la divinidad y la deja reinar en todo su ser. Es posible desde la actitud profética de quien apuesta por la humanidad en la esperanza cierta de encontrar allí las huellas de lo divino que invita al abrazo colectivo de los hijos e hijas del mismo Dios que se manifiesta a todos con el mismo amor y ternura de Padre. Todo esto siempre y cuando estemos dispuestos a salir de las prisiones teóricas que hemos construido y nos permitamos la libertad de la experiencia directa, profunda y renovadora de Dios en la historia, en comunión con los hombres y mujeres del mundo y compartida como una metáfora viva de su presencia entre nosotros.

Referencias

Boff, Leonardo (1992). *Quinientos años de evangelización*, Santander, Sal Terrae.

De Aquino, Tomás (1985). *Suma Contra Gentiles*, Porrúa. Buenos Aires.

Gnilka, Joachim. (1995), *Jesús de Nazareth – mensaje e historia*. Barcelona, Herder.

Hick, Jhon. (2004) *La metáfora de Dios encarnado – cristología para un tiempo pluralista*, Ecuador, Ediciones Abya – Yala.